

HISTORIA DE UN INGLÉS QUE TOMÓ UNA PALABRA
POR OTRA.

Cuando se levantó el carruaje, el cochero tomó á los caballos por la brida y los guió á pié. El inglés, Francesco y yo marchamos delante, y como el camino era mas cómodo para pedáneos que para cuatro ruedas, llegamos á Steinbach un cuarto de hora antes que el coche. Empleamos aquel cuarto de hora en buscar un carretero para que compusiese el destrozo que se hubiese hecho en el carruaje del inglés. Pero el carretero en Steinbach era un personaje desconocido, un mito fantástico, un ente de razon, pues no habia memoria allí de haber visto carruaje alguno, y el del inglés habia excitado la curiosidad general. El inglés, que parecia muy tímido, estaba abatido por su mala ventura, su rostro se ponía alternativamente pálido y colorado, su lengua tartamudeaba, y era tan grande su cordedad que llegué á juzgar que era yo la causa. Así me apresuré á decirle, que si no nos necesitaba estábamos prontos á despedirnos de él. Hizo entonces esfuerzos tan desconcertados para detenernos, que yo me confirmé mas y mas en mi opinion, y saludándole, continué mi viaje.

Me detuve en Winkel; habia andado casi siete ú ocho leguas francesas, y no sentia descansar un

rato. Envié á Francesco á que buscara un carruaje cualquiera en que meterme hasta Lucerna que distaba aun dos ó tres millas de Alemania, que equivalen á cuatro ó cinco leguas de Francia. Mientras andaba corriendo el pueblo, yo investigaba por la posada, y con no poco trabajo descubrí una polla cebada que el posadero contaba guardar para mejor ocasion, y que no me quiso ceder hasta que para decidir la cuestion me puse á desplumarla yo mismo. Con aquel asado y dos platos de huevos de diferente modo condimentados, me lisonjeaba con la perspectiva de una comida bastante confortable.

En el momento en que me llevaban la comida al comedor, mi inglés llegó con su carruaje medio desmantelado, y al entrar preguntó si habia algo que comer, á lo que respondió el posadero, que un francés recién llegado lo habia tomado todo. Esta noticia pareció causar tan sensible dolor á nuestro *gentleman*, que olvidando inmediatamente los poco atentos modales con que habia agradecido el trabajo que yo me habia tomado para ayudarle á levantar su carruaje, bajé á invitarle á participar de mi comida. Despues de haberse alternativamente puesto colorado y pálido cinco ó seis veces lo menos, y despues de haberse limpiado el sudor que le corria por la frente, á pesar de correr un aire muy fresco, aceptó, y se puso á la mesa con una torpeza tan grande, que llegué á pensar que nunca habia comido en buenas mesas. En esto llegó Francesco y me dijo en italiano que no habia podido encontrar ni una mala carreta.

— Entonces nos veremos obligados á continuar nuestro viaje á pié.

- ¡Oh Dios mio! si, señor, dijo Francesco.
- Lleve el diablo este país; nada se encuentra si no lo trae uno consigo, y aun así, añadi señalando el carruaje del inglés que iban á componer, lo que uno trae se rompe.
- Pero, dijo mi convidado, si yo me atreviese....
- ¿A qué?
- A ofrecer un lugar en mi carretela.
- ¡Atreveos, pardiez!
- ¿Aceptaríaís?
- ¡Cómo si aceptaré! con mil amores.
- De eso queria hablaros esta mañana cuando nos hemos encontrado; pero me encontraba tan embarazado.....
- ¿De qué?
- De mi posicion.
- ¿Cómo? ¿porque habíais volcado? ¡Vaya! esa es una desgracia que puede sucederle á cualquiera, sobre todo yendo por malos caminos: no hay por qué tener embarazo por eso.
- ¡Ah! gracias, porque me tranquilizais. Me aliviáis de un gran peso.
- ¡Cómo! ¿os intimido yo? Vamos, sois muy bueno.
- ¿Queréis quitaros vuestro fraque?
- Gracias, no tengo calor.
- Estáis sudando á mares.
- Es que la sopa estaba muy caliente.
- Debíais haber soplado, ó esperar á que se enfriase.
- Os habeis comido ya la vuestra y queria alcanzaros.
- ¡Teníamos tiempo! ¿Porqué no me lo habeis

- dicho que queríais que fuésemos los dos iguales? os habria aguardado. ¿Pero conoceís el italiano?
- Sí, señor.
- Entonces, si no teneis inconveniente, hablemos esa lengua en vez de hablar inglés, pues apenas de cuatro palabras comprendo una.
- No sé si podré.
- Veamos, haced la prueba: *Volete ancora un pezzo di questa perdice?*
- Y bien, ¿qué teneis?
- Nada, nada, dijo el inglés poniéndose como un carmesi y dando en el suelo una patada... nada.
- Pero, hombre, si os ahogais. Aguardad, aguardad, os daré unos golpes en la espalda... Bebed encima, bebed bien..... va pasando, va estais mejor, ¿no es verdad?
- Sí, señor.
- Y bien, ¿qué habeis tenido? veamos.
- Vuestra pregunta me ha sorprendido
- No tenia nada de irregular, os preguntaba si queríais mas perdiz aun.
- Sí, pero me lo preguntábais en italiano, he querido responderos en la misma lengua, y me he atragantado.
- Amigo mio, os aconsejo que dejéis esta timidez, que al fin y al cabo debe incomodaros mucho.
- Es muy seguro, me respondió el inglés con un aire profundamente triste.
- Bueno, pues es preciso curaros.
- Imposible, desde que tengo uso de razon soy así, y he hecho todo lo que he podido para vencer esta desgraciada organizacion, y he concluido por renunciar aun hasta á la esperanza. Por eso viájo;

he hecho tantos disparates en Inglaterra, que me vi obligado á salir de Londres, pero esta desgraciada cortedad me sigue en todas partes. Ella ha sido causa de que os hiciera una grosería esta mañana, por ella he comido la sopa casi hirviendo, y por ella he estado á punto de ahogarme hace poco cuando queria responderos en italiano, que es la cosa mas fácil del mundo. Os aseguro que soy muy desgraciado.

— Pero á lo menos sois rico, segun parece.

— Tengo cien mil libras de renta.

— ¡Pobre jóven!

— Sí, señor, sí. De buena gana daría setenta y cinco mil, ochenta mil, lo daría todo por ser un hombre como los demás, porque con lo que yo sé me crearia una posición honrosa, y adquiriria fama tal vez, mientras que ahora con mis cien mil libras de renta y mi tontería debo morir de esplin.

— ¡Bah! ¡bah!

— Pues es como os lo digo. No sabeis, no podeis saber tampoco qué cosa es estar uno convencido de que vale algo, tanto á lo menos como la mayor parte de los hombres, y ver gentes sobre las cuales tiene uno la conciencia de superioridad, que le llevan la ventaja en todas partes, que pasan por instruidos y yo por ignorante, por de talento ellos, y yo por imbécil, que se hacen dueños de las casas de donde me echan y en donde desearia uno de buena gana estar siempre. Mas tarde, si me atrevo á contaros mis penas, comprendereis cuánto he sufrido con mis cien mil libras de renta, que el diablo cargue con ellas, ya que no me han acarreado más que disgustos y humillaciones.

— Contadme esto en seguida; esto os aliviará.

— No me atrevo todavía.

— Vamos, ya os arreglareis para eso.

— Mirad y ved cuán colorado me pongo solo de pensarlo.

— Efectivamente, lo estais como un tomate.

— Pues bien, cuando me sucede esto no tengo mas remedio que echar á correr.

— No corrais porque yo iria detrás.

— ¿Para qué?

— Para saber vuestra historia: yo estoy formando coleccion de ellas.

En aquel momento entró el posadero. La comida se habia terminado, y la carretela estaba arreglada, y así pedí la cuenta de nuestro gasto. El inglés sacó un bolsillo lleno de oro, que pasó de una á la otra mano, y yo le pregunté:

— Qué vais á hacer?

— Me parece....

— Me parece que yo os he convidado, y puesto que soy el anfitrión yo debo pagar y no vos; además quiero poder alabarme de que he dado de comer á un hombre que tiene cien mil libras de renta.

— Muy bien, pero á condicion de que cenárais conmigo.

— Con el mayor gusto, pero me permitireis de que yo me encargue del ponche.

— ¿Y eso porqué?

— Porque quiero hacerlo de modo que suelte vuestra lengua. ¿No os habeis emborrachado nunca?

— Nunca.

— ¡Pues bien! probadlo, es un excelente remedio contra el esplin.

- ¿Lo creéis así?
 — De veras.
 — No me atreveré nunca.
 — ¡Qué bueno sois! vamos, vamos al carruaje.
 — Al carruaje, y á gran galope hasta Lucerna, dijo el inglés con aire resuelto.
 — No, no, al paso, si gustais, porque yo no tengo costumbre de volcar, y esto turbaria mi digestion.
 — Pues bien, al paso, que tambien me gusta ir al paso.

Sentámonos los dos en la testera. Francesco subió al pescante con el cochero, y nos pusimos en camino.

Al llegar á Lucerna el inglés y yo teníamos ya tal intimidad que apenas se ponía colorado al hablarme, y hasta se había atrevido á hacerme una ó dos preguntas.

Nos ápeamos en el *Caballo blanco*, y mi primer cuidado fué preguntar al tío Franz por la salud de Jollivet: no podía este ir mejor, y estaba fuera de cuidado. Ninguna de las balas había penetrado en el pecho, la una había resbalado por encima de una costilla, y había salido por cerca de la columna vertebral, y la otra había únicamente rozado los pectorales. Eché una mirada en torno mio, y no ví á Catalina: no tuve la indiscrecion de preguntar dónde estaba, y me fui en seguida á mi cuarto, que estaba desocupado. Mi compañero de viaje se quedó detrás para encargar la cena.

Hay en las posadas suizas una cosa excelente que se buscaria en vano en las francesas, y son los baños, grande y delicioso remedio para el cansancio. Esto es mucho mas hospitalario, si se observa, como yo lo tengo visto, que los Suizos no toman parte en este

goce que reservan exclusivamente para los extranjeros. En cuanto á mi, mi pieza de estudio y trabajo por lo comun era el baño; allí escribia mis notas diarias, y no sé si lo cómodo y agradable que me hallaba en tales casos ha dado ese tinte de benevolencia hácia los hombres, y de admiracion por las cosas, que me encuentro ahora desde la primera hasta la última página de mi album.

Del baño me había pasado á la cama, y en ella dormia lo mas profundamente del mundo, cuando vinieron á despertarme para decirme que la cena estaba lista. Costóme un poco reponerme; me había olvidado completamente del inglés, de su carruaje y de la cena, que entonces, lo confieso, habría deseado que no me los hubieran recordado.

Sin embargo, me levanté y bajé, y al atravesar la cocina ví en movimiento todas las cocineras, los asadores al aire y las cacerolas en revolución. Pregunté si había alguna boda en la posada, y si podría en ella bailar si tal había; pero me respondieron que todos aquellos preparativos eran para nosotros. Hubo un momento en que llegué á creer que para honrarme, el inglés debía haber convidado al ayuntamiento de Lucerna, pero me desengañé al entrar en el comedor; no había mas que dos cubiertos en la mesa.

Nos sirvieron una comida para quince personas, y como nosotros, haciendo un gran esfuerzo, comimos apenas lo que pudieran tres, nuestras sobras, por tres dias consecutivos, debieron abastecer la posada del *Caballo blanco*.

El inglés soportó valerosamente el asalto, comenzaba evidentemente á acostumbrarse á mi trato; había comenzado por ponerse colorado al volverme

á ver, pero paulatinamente fué desapareciendo aquel rubor, que no era natural de sus mejillas. Al fin de la cena, cuando se trajo el ponche, estaba ya bastante natural, y gracias á algunos vasos de vino de Champagne, que le habia decidido á beber, comenzaba á hablar casi como hablamos todo el mundo. Vi que habia llegado la mejor ocasion para abordar los negocios serios.

— Y bien, le dije al tiempo de llenarle de ponche el vaso, ¿qué hemos hecho del esplin? Me parece que se ha quedado en el fondo de la segunda botella de vino de Champagne.

— Sí, me respondió con el acento propiamente melancólico de un hombre que empieza á estar alegre. Si estuviérais siempre conmigo, creo que acabaria por retirarse y quedaria libre para lo porvenir. ¡Pero lo pasado! lo pasado existiria siempre.

— ¿Tan terrible es, pues, lo pasado?

— ¡Ah! exclamó el inglés lanzando un suspiro.

Vamos, vamos, confesémonos.

— Llenadme otro vaso de ponche.

— Ahí va; pero hablad despacito, si gustais, para que no os pierda ni una palabra.

— Si no tuviese este miedo, dijo el inglés vacilando.

— ¡Qué, todavía!

— Trataria de contaros esto en francés.

— ¡Cómo en francés! ¿Con que sabeis el francés?

— A lo menos lo he aprendido, me respondió cambiando de idioma, y dándome la prueba por respuesta.

— Amigo mío, sois poligloto en primer grado, y

me haceis sudar hablándoos en italiano, que yo chapurreo únicamente, ó bien inglés que no hablo ni una palabra, cuando sabeis el francés como un hijo de la Turena. Hablad, pues, hablad. Me parece á mí que os burlais con esas ideas de timidez, de esplin y de misantropía. Desde ahora os prevengo que vuelvo á mi lengua materna, y que no salgo ya mas de ella: por otra parte, quien debe de hablar sois vos y yo únicamente oír. Todo lo mas que haré será servir os ponche en el vaso: vamos, ahora ya no os daré mas que al fin de cada capítulo. A la salud vuestra, y para que Dios os desate la lengua como al jóven Ciro. ¿Sabeis el persa?

— Iba á aprenderlo cuando tuve la desgracia de heredar de mi tio las cien mil libras de renta, causa de todos mis pesares.

— Comencemos por el principio. Pues, señor, habia una vez... ahora os toca continuar.

— Primero es menester que sepais mi nombre.

— Tendré mucho placer en saberlo.

— Me llamo Williams Blimdel. Mi padre era un modesto labrador de las cercanías de Londres, que no habiendo recibido grande educacion, sintió toda su vida el haber permanecido en su primitiva ignorancia. Así en vez de dedicarme á la labranza como era muy razonable, tuvo la fatalidad de hacerme sabio, y me envió á la universidad con intencion de que fuese sacerdote. Mi llegada causó una sensacion particular, porque yo siempre he sido alto y delgado, y teniendo el pelo de color de algodón: aunque habitualmente pálido, á la menor emocion me he puesto siempre colorado como un pimiento, y por esta razon he sido recibido con

risas y cuchicheos por mis camaradas, principiando desde aquel día mis infortunios. La certeza de que yo era un objeto de burla entre mis condiscipulos, el conocimiento de mi torpeza y timidez, y por fin, el aislamiento necesario por esto, fueron causa de que durante diez años que estuve en la universidad, no tomase parte en ninguno de los juegos que son la recompensa de los trabajos de los niños. Lejos de esto, ocupaba estudiando mis horas de recreo, y mis compañeros, que no podían dar con el verdadero motivo de mi soledad, juzgaban que yo no lo hacía mas que para captarme la benevolencia de mis maestros; me acusaban de hipócrita, mientras yo á mis solas lloraba á lágrima viva oyendo sus gritos de alegría, y haciéndome pagar con crueles burlas los triunfos que sobre ellos conseguía.

Al principio soporté todas estas tribulaciones con constancia y resignacion; pero al cabo de diez ocho meses ó dos años, se me hizo intolerable aquella vida, y hubiera muerto, creo, si la casualidad no me hubiese deparado un consuelo.

Las ventanas de nuestra escuela, elevadas á seis piés del suelo, á fin de que ningun objeto exterior distrajese el estudio de los alumnos, daban sobre un jardin consagrado, así como el nuestro, á la diversion de un colegio de señoritas. Mientras en una parte oía yo gritos estrepitosos, oía á veces en la otra parte cantos deliciosos. Sin embargo, pasaron diez y ocho meses, como he dicho, sin que me ocurriese la idea de mirar por aquella ventana y distraer mis voluntarias penitencias por el espectáculo de la diversion de mis jóvenes vecinas, y cuando me ocurrió esta idea pasé aun una porcion de tiempo antes de llevar á cabo aquella idea, sin

disfrutar mas placer que una distraccion maquinal, que embotaba momentáneamente el recuerdo de mis dolores: mas al fin fuéme necesaria aquella distraccion, y apenas el maestro salia, dando el descanso de una hora y cerraba la puerta de la escuela, donde siempre me quedaba solo, ponía los bancos sobre la mesa, las sillas sobre los bancos, y subiéndome encima, echaba mis miradas distraídas sobre aquel enjambre de niñas que salía de la colmena y venía á zumbiar hasta bajo las paredes de mi encierro. Entonces sentía que la naturaleza se había engañado haciéndome hombre, y que si yo hubiese sido de un sexo diferente, todos mis defectos hubieran sido virtudes, mi debilidad física una gracia, mi cortedad pudor, y solo mi pelo amarillento y mi rostro tan pronto pálido como colorado, á nada venía bien; pero al menos aquellas jóvenes tenían velos, bajo los cuales ocultaban los suyos.

Su recreo empezaba y concluía un cuarto de hora antes que el nuestro, y esto me servía de regla; cuando las veía entrar á las unas detrás de las otras, y desaparecía detrás de la puerta el vestido azul celeste de la última, bajaba yo de mi pedestal, ponía cada cosa en su lugar, y cuando los maestros y mis camaradas volvían, me encontraban echado sobre los libros, y ni sospecha tenían de que hubiese interrumpido mi trabajo.

Hacia ya dos ó tres meses que me procuraba esta distraccion todos los días, conocía de vista á todas las educandas, estaba al corriente de sus hábitos, y hasta diría de sus caracteres; eran para mí cual flores vivas en un tapiz riquísimo. Sin embargo, tan indiferentes me eran unas como otras, y mi afecto se repartía entre todas como sobre hermanas.

Un día, entre todos aquellos rostros jóvenes conocidos, ví uno nuevo que no había nunca visto : era el de una niña sonrosada con cabellera rubia, con cabeza como la de un querubín. Aquella encantadora carita estaba llena de lágrimas. La pobre niña acababa de separarse de su familia, y creía no poder consolarse nunca más. El primer día sus compañeras quisieron distraerla en vano; la herida estaba todavía demasiado fresca, y debía verter toda aquella sangre del corazón que se llaman lágrimas. Este episodio de mi novela me conmovió profundamente, veía yo un punto de semejanza entre aquella pobre niña y yo; pensaba que cual yo iba á llevar una vida triste y aislada, y sabiendo lo que yo había padecido, la tenía compasión, por lo que iba á padecer.

El día siguiente trepé á lo alto de mi pirámide con mas afán que tenía de costumbre hacerlo. Mi mirada abarcó todo el jardín : las muchachas jugaban como de costumbre, y la recién llegada estaba sentada al pié de un árbol entre otras dos niñas, que para consolarla se habían traído los mas lindos juguetes y sus mas ricas muñecas. La pobre reclusa no lloraba ya, pero tampoco jugaba. Toda la hora de recreo la pasó escuchando los consuelos de sus dos amigas, á las cuales dió la mano al irse. Al día siguiente, su lindo rostro no conservaba mas que débiles rastros de tristeza, y comenzó á tomar parte en los juegos de sus nuevas amigas : en fin al cabo de ocho días había olvidado con la ligereza de la infancia aquel nido maternal, fuera del cual, débil avejilla, había creído que no podría vivir.

No había mas que yo cuya desgraciada organización no supiese hallar mas que penas donde descubrian los demás placeres. Con esta certidumbre se

aumentaban mas y mas mi tristeza y cortedad, y continué la dolorosa existencia que había empezado y de la cual no tenía fuerza para salir.

Sin embargo, un rayo dorado y alegre acababa de iluminar una parte de mi existencia. Entre mis veinte y cuatro horas sombrías tenía una hora de sol; era la hora que pasaban jugando las niñas bajo mi ventana. La última que había entrado, á quien oía llamar Jenny, era ya tan loca y tan risueña como sus compañeras; y aunque al principio me supo mal que no hubiese conservado aquella tristeza que la unia mas íntimamente conmigo, concluí al fin por perdonarla al verla tan dichosa. Todos los días aguardaba aquella hora de recreo con impaciencia. Apenas había llegado, cuando yo ocupaba ya mi sitio acostumbrado. Hubiera podido decir que no vivía mas que durante aquella hora, y que lo demás del tiempo aguardaba la vida.

Llegaron las vacaciones : las ví llegar casi con terror : eran seis semanas, durante las cuales no iba á ver á Jenny. La idea de volver al seno de mi familia que me amaba tanto, de volver á ver á mi padre, que desde la muerte de mi madre había concentrado en mí todo su afecto, no eran mas que un débil consuelo á mis penas. Solo entre los demás compañeros que estaban llenos de alegría por la llegada de esta época, persistía triste y pensativo. Sin embargo, estaba muy distante de pensar en el exceso de pesar que me amagaba. Yo había siempre presumido que la época de las vacaciones era la misma en ambos establecimientos, y calculaba el número de días que me quedaban para ver á Jenny, cuando una mañana al subir á mi acostumbrado tablado hallé vacío el jardín.

No comprendí al pronto la causa, creí que á mi se me habia adelantado la hora y retrasado á las niñas; esperé que se abriese la puerta, por donde solia salir aquella bandada de palomas; pero permaneció cerrada y el jardin desierto. Entonces comprendí la verdad, mi corazón se comprimió, y corrieron por mis ojos silenciosas lágrimas. No pudiendo ya calcular la hora por la retirada de las pensionistas, me estuve allí llorando, al volverse á abrir la puerta para la segunda leccion me sorprendieron con los ojos llenos de lágrimas sobre mi tablado. Quise bajar aprisa, se me resbaló un pié, caí de cabeza sobre la esquina de un banco; levantáronme desmayado, me llevaron á la enfermería, con la cabeza abierta por esta herida, de la que conservo esta cicatriz que todavía veis.

Mis maestros me amaban en razon inversa del odio que me tenían mis compañeros. Para ellos era yo un niño dócil, humilde y trabajador: nunca me habian tenido que castigar por perozoso, travieso ó desobediente, y la facilidad que yo tenia en aprender y retener lo que aprendia, les hacia esperar que seria con el tiempo una lumbrera de la Iglesia.

No calculaban que mi timidez, pues no vivian en el mundo, podria ser tan fatal, y no hacian nada para hacérmela perder. De ahí es que mi desgracia causó un general pesar á todos mis profesores, prodigáronseme los mayores cuidados; y gracias á la general benevolencia que me manifestaron pude tomar mis vacaciones al mismo tiempo que los demás estudiantes.

Llegado á casa de mi padre, el buen hombre, que no tenia en al mundo á nadie mas que á mí,

vió el bello ideal de la perfeccion en su hijo, y le hacian concebir este error las brillantes notas de mis profesores: hasta me encontró alto y mas hermoso, ¡pobre padre! Mi reputacion de sabio me habia precedido á mi casa. Todos los mozos, criados y sirvientes no me llamaban mas que el doctor, y mi padre para hacerme digno de este título por las apariencias, como me creia serlo de hecho, me mandó hacer casaca negra, chaleco negro, calzón corto negro, color que parecia hecho á propósito para exagerar la longitud de mi talla y lo exiguo de mi persona.

Sin embargo, yo continué triste y pensativo en medio de los labriegos y de los criados: no porque fuese tanto mi embarazo entre ellos como entre mis superiores ó iguales, sino porque no podia olvidar la cabeza rubia de Jenny que veia todos los dias á la misma hora. Aquella hora la pasaba solo en mi cuarto, al pié de un árbol ó á la orilla de algun arroyo, la dedicaba enteramente al recuerdo del jardin, que yo veia siempre con su césped, sus flores, sus árboles, y con toda aquella gozosa infancia que lo poblaba. Viéndome preocupado mi padre quiso llevarme á Londres para distraerme. Nuestra hacienda solo distaba una jornada, aunque larga, de la capital, y engancho el caballo á un carricoche, llegamos á Londres en dia y medio.

Allí volvieron á empezar mis tribulaciones. Mi padre no habia dejado, para honrarme mas, de hacerme poner el traje que me habia hecho hacer, y que despues de mucho tiempo no era de moda en Londres ni aun para las personas de una edad avanzada. Todos los muchachos que encontraba llevaban un vestido análogo á su edad, solamente yo iba

hecho una caricatura grotesca de otra época. Conoció cuán ridículo estaba, y esto aumentó mi sorpresa, no sabía qué hacer de mis brazos tan largos, ni de mis piernas tan delgadas: mi rostro pasaba en un cuarto de hora de la palidez mas clara al carmesí mas subido. Mi padre no comprendía nada de lo que pasaba en mí, y trabajo le costaba en no detener á los transeúntes y decirles: — Mirad este gallardo mozo que no tiene mas que quince años, ya lo veis, es un pozo de ciencia.

El segundo día de nuestra llegada pasábamos por la calle del Regente (*Regent Street*) para ir á San James; producía yo mi efecto acostumbrado en cuantos me rodeaban, corriéndome el sudor por la frente como de costumbre, cuando á través de la nube con que la vergüenza cubría mi rostro, me pareció reconocer á Jenny en un coche que venía corriendo hácia nosotros. Era en efecto la misma cabeza rubia con las mejillas sonrosadas, el color blanco, y su límpida mirada. Acercábase aquella vision, no había duda, era ella... era Jenny.... Delúveme porque no podía dar un paso adelante, me pareció que toda mi sangre se agolpaba á mi cara, y extendí los brazos hácia el coche, gritando con voz ahogada: — Jenny, Jenny. — Me vió sin oirme, y enseñándome inmediatamente á su padre que estaba á su lado, exclamó riendo: — Papá, mira qué raro va aquel muchacho vestido de negro.... El coche pasó arrastrado por el galope de dos caballos magníficos, llevándose mi vision y dejándome el alma profundamente traspasada por el efecto que había producido en la jóven, que sin saberlo ella tanta influencia había adquirido sobre mi vida.

Aquel encuentro fué el único suceso notable que

ocurrió durante las vacaciones. Pasó el tiempo de su duracion, y llegó el día de volver á la universidad. Mi padre no dejó de añadir á mi equipaje el maldito traje negro que tan fatal me había sido, y volví para continuar aquella educacion que el autor de mis días no había recibido, y con la que contaba tanto para dar á su hijo una consideracion de la que gracias á su ignorancia no había gozado él en toda su vida.

Fuí acogido por mis maestros con el mismo afecto, y con la misma antipatia por mis camaradas. Entramos á la escuela, y como de costumbre fueron todos al patio al llegar la hora de recreo, y yo solo quedé fijo en mi pupitre sobre mis libros. Apenas estuvo cerrada la puerta, reconstruí mi tablado; sin embargo, el corazón me palpitaba horriblemente. ¿Las vacaciones del colegio contiguó se habían acabado? ¿Y si se habían acabado habria vuelto Jenny? Quedé un largo rato de pié sobre la mesa sin atreverme á subir; decidíme, en fin, llegué á la cumbre de mi pirámide, eché los ojos al jardín, respiré; corrieron lágrimas de mis ojos, Jenny estaba entre sus compañeras, había vuelto, tenía delante de mi diez meses de felicidad.

Así se pasaron cinco años durante los cuales se acabó mi educacion. Sabía el griego como Homero, y el latin como Ciceron, hablaba el francés, el italiano y un poco el alemán, y era uno de los sobresalientes en matemáticas y en álgebra. Todas estas cosas reunidas y además todavía mi desgraciado carácter, me habían determinado á seguir la carrera del profesorado. El director del establecimiento en donde yo había estado siete años me propuso asociarme á su empresa, y, salvo el beneplácito de mi

padre, acepté, sin darme cuenta en el fondo de mi coíazon que lo que me determinaba, era el deseo de seguir viendo á Jenny, que nunca me habia visto mas que en el malhadado dia en que mi grotesco aspecto habia excitado su hilaridad.

Con todos estos proyectos en la cabeza, salí para pasar las últimas vacaciones, no debiendo volver á la institucion sino en clase de profesor.

Pero, como decís los Franceses, el hombre propone y Dios dispone.

— ¿Estamos al fin del primer capítulo? interrumpí yo.

— Justamente, respondió sir Williams.

— ¡Pues bien! entonces un vaso de ponche, esto os dará fuerzas para abordar las terribles situaciones que preveo en el porvenir.

— Sir Williams lanzó un suspiro, y bebió un vaso de ponche.

Llegué á la granja de mi padre con la firme resolucion de llevar á cabo el proyecto que acabo de contaros, cuando cambiaron completamente el estado de mis negocios dos acontecimientos inesperados: murió mi pobre padre, y me llegó un tío de la India.

Poco habia oido hablar yo de este tío, que todo el mundo creia muerto hacia muchísimo tiempo, y llegó justamente para cerrar los ojos de su hermano. Como hacia ya mas de treinta años que mi padre y él se habian separado, no fué muy grande su dolor; pero yo estaba inconsolable. Muchas veces me habia hecho sufrir la ignorancia de mi padre la posicion inferior que ocupaba en la sociedad, y de ahí el trato y costumbres patriarcales que habia conservado; pero muerto aquel respetable

anciano, desapareció la parte material y se borró todo recuerdo ante su sombra tan querida y amante. Recordaba entonces, con agudo dolor, las menores desazones que le habia dado, y lloraba amargamente cuando me asaltaba su memoria. Mi tío no podia comprender este exagerado dolor; pero como segun él, era indicio de un buen corazon, y no tenia otro pariente en el mundo, puso en mí la pequeña parte de afecto que podia separar de la gran cantidad de amor que se tenia á sí mismo. Un día que yo me hallaba mas triste que de costumbre, me ofreció dar un paseo con él. Le acompañé maquinalmente, pero por preocupado que estuviese, le ví tomar el camino de su castillo, distante una legua y media de nuestra hacienda, el cual habia quedado entre mis recuerdos de niño, como un palacio de encantadoras que veia siempre resplandeciente á través del velo movedizo de los corpulentos árboles que se alzaban en torno de él.

Llegados á una puertecilla del parque, ví que mi tío sacaba una llave de su bolsillo y que abria aquella puerta. Le detuve, preguntándole lo que hacia.

— Voy á entrar, me dijo.

— ¡Cómo! ¿vais á entrar! ¿pero este castillo!

— Es de un amigo mio.

— Pero, tío, contesté poniéndome encarnado como un carmesí, pero yo no conozco á vuestro amigo... tampoco vengo prevenido para visitar á un gran señor... os dejo, me voy... me escapo.

— Vamos, vamos, dijo mi tío agarrándome por el brazo, yo creo que eres loco. El propietario de este castillo es un buen hombre que no gasta cumplimientos, un hombre como yo, que te recibirá perfectamente, y de quien espero quedarás muy contento.

15330

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¡Imposible, tío, imposible! Os lo suplico.
¿Pero qué haceis?.....

Mi tío había cerrado ya la puerta.

— He venido sin vestir.

Mi tío se metió la llave en el bolsillo.

— ¿Y si hubiese señoras?..... ¡ay! ¡me moriría de vergüenza!

Mi tío iba delante silbando el *God save the king*. Me fué preciso seguirlo: las piernas me flaqueaban, la sangre se me arrebató á la cabeza, y al través de una nube veía objetos por delante de los que pasaba. Al llegar á la puerta ví á un caballero que llevaba una casaca verde llena de bordados con unas enormes charreteras y un gran sable. Lo tomé por un general y le hice un saludo hasta el suelo. Mi tío pasó por delante de él sin quitarse el sombrero, dejándome aturdido de su impolítica. Sin embargo, no se ofendió el caballero de la casaca verde, el que nos siguió á corta distancia. Luego encontramos en el vestíbulo un hombre negro en traje oriental tan rico, que me recordó á uno de los reyes magos que visitaron al niño Jesús, y buscaba yo interiormente en mi memoria de qué manera se aproximaba uno á los rajah de la India, para hacerlo delante de aquel personaje, y ya iba á arrodillarme, y á ponerme las manos en la cabeza, cuando mi tío se quitó su levita y se la tiró sin cumplimiento alguno al sectario de Vish-nou. Esta última acción trastorné todas mis ideas, y yo no sabía en dónde me hallaba, vivía mecánicamente, creía soñar. Mi tío continuaba andando y yo detrás de él. En fin, llegamos á un delicioso pabellon que se componía de una habitación completa de la mas grande elegancia.

— ¿Qué te parece esta habitación? dijo mi tío.

— Me parece el palacio de un rey, respondí todo sombrado.

— ¿Con que te conviene?

— ¡Cómo, tío mio!

— Quiero decir que si vivirías gustoso aquí.

Quedé sin saber qué decir, con la boca abierta y la cabeza completamente perdida. Mi tío tomó naturalmente mi silencio de admiración por consentimiento, y añadió tocándome en el hombro:

— Pues bien, esta habitación es la tuya.

— Pero, tío, dije reuniendo todas mis fuerzas, ¿pero este castillo de quién es?

— Mio, pardiez.

— ¿Luego, sois rico, tío?

— Tengo cien mil libras de renta.

Al pronto me parecía que mi cabeza iba á estallar; apoyé mi frente en el mármol de la chimenea. En cuanto á mi tío, encantado del inesperado efecto que me había causado, se retiró diciéndome, que si tenía necesidad de algo no tenía mas que tocar la campanilla, y que el negro y su cazador estaban á mis órdenes.

Si os he dado una idea de la timidez de mi carácter, podeis representaros mi situación: media hora me quedé abismado con el peso de tan imprevisible acontecimiento, y por último me levanté. Al primer paso que di, ví mi persona reproducida en tres ó cuatro espejos inmensos, y confesaré con toda humildad, que cuanto mas me ví, mas indigno me hallé de habitar el lugar en que me encontraba. No solo mi traje era común, sino que, como se había hecho el año anterior, y á pesar de mis veinte y un años crecía uno, el fraque me venia corto de mangas, y los pantalones de pierna. Lo era tanto tambien

mi chaleco, que cual un justillo de Alberto Dureto ó de Holbein, dejaba ver no solo la camisa entre él y el pantalon, sino tambien las hebillas de los tirantes. Todo esto estaba bien, todo esto era bueno naturalmente en la pobre granja de mi padre, pero en un palacio encantado hacia tanto contraste con los objetos que me rodeaban, que yo buscaba un sitio donde esconderme, y apenas lo hube hallado me metí en él como una liebre en su madriguera, y me quedé allí á meditar.

No sé cuánto tiempo permanecí así: el cazador que yo habia tomado por un rajah vino á anunciarme que estaba la comida en la mesa, y me esperaba mi tío. Bajé; por fortuna se hallaba solo y respiré.

Al fin de la comida, cuando le trajeron su ponche y el negro le encendió la pipa, despidió á los criados y quedamos solos los dos. Mi tío, que parecia estar preocupado, aspiró y arrojó el humo de su pipa sin hablar palabra alguna, pero de repente, rompiendo el silencio:

— ¡Y bien, Williams! me dijo.

Yo que no estaba preparado, di un brinco en mi silla.

— ¡Y bien, tío! contesté tartamudeando.

— Es necesario que nos ocupemos un poco de tí, hijo mio. Cuando yo llegué, tu pobre padre tenia bastante en ocuparse de él. Yo me eché á llorar y no pude preguntarle qué pensaba hacer de tí. Vamos, ahora ¿porqué lloras? Tú que sales del colegio debieras ser mas filósofo. Ayer le tocó á mi hermano, mañana á mí; dentro de ocho dias á tí tal vez; es menester tomar la vida por lo que vale, por lo que dura: ¿no ves? todas tus lágrimas no resucita-

rian al pobre Jack-Blundel; así créeme: enjúgate los ojos, bebe un vaso de ponche, toma una pipa y hablemos como dos hombres.

Di las gracias á mi tío en cuanto al ponche y á la pipa, y me enjugué los ojos tratando de no llorar mas.

— Ahora veamos cuáles son tus proyectos para el porvenir, dijo mi tío mirándome de reojo.

— Yo queria dedicarme á la educacion, y creo que los estudios que he hecho me hacen capaz de esta santa mision.

— ¡Ta!... ta!... ta!... dijo mi tío. Eso estaba bueno cuando eras el hijo de un pobre labrador; pero ahora eres el sobriuo de un rico nabab, y la cuestion muda de aspecto. Yo no tengo hijos, y gracias á Dios, como no cuento casarme, no los tendré jamás, y todo lo que yo poseo ha de ir á parar á tí. Curioso seria ver un maestro de escuela con cien mil libras de renta. Comprende que esto es imposible. Vamos, piquemos mas alto, señor gentleman.

— ¿Qué quereis, querido tío? yo no puedo decirlo; yo no soy mas que un pobre sabio que no sé nada de mundo, y no sé de la vida mas que trabajar y estudiar, y con el permiso vuestro, lo mejor que puedo hacer es seguir mis primeras ideas.

— ¡Tus primeras ideas! ¡estás loco! Con tu fortuna ó con la mia, que para el caso es igual, segun seas avaro ó vanidoso puedes aspirar á los mas ricos partidos de Londres, ó bien enlazarte á una familia noble que esté arruinada y te dé importancia.

— ¡Yo casarme, tío! exclamé.

— ¿Y porqué no? ¿has hecho voto de castidad?

— ¡Casarme yo!.... podré casarme, podré unirme con.... El nombre de Jenny estaba ya en mis labios: era la primera vez que concebía la idea de tanta felicidad. Poseer aquella niña rubia y encantadora, que por sus años había sido todo para mí!..... ¡Casarme con Jenny!... ¡hacerla mi esposa!... ¡era esto posible!... Mi tío me decía que con sus riquezas podía aspirar á todo, y la esperanza solamente me daba ya mas felicidad que la que yo podía soportar. Sentí que me ahogaba, que iba á ponerme malo, y me salí de aquella pieza y me fui corriendo al jardín buscando la frescura del aire. Mi tío creyó que estaba loco, y pensando que cuando me hubiese pasado aquel arrebató volvería, pidió mas tabaco y mas ponche, llenó por segunda vez su pipa, y por sexta su vaso, y continuó fumando y bebiendo.

¡Oh! mi tío era un hombre de muy buen sentido.

Cuando yo hube dado dos ó tres vueltas por el jardín corriendo, y entregado á mis delirios, volví á entrar en el pabellon mas sosegado, encontré á mi tío en el mismo sitio acabando de fumar su tercera pipa, y el segundo bol, con la misma calma y voluptuosidad.

— Y bien, me dijo, ¿insistes siempre en ser maestro?

— Aunque esta es mi voluntad real y verdadera, creó que Dios no lo quiere, pero yo me acuerdo haber visto alguna vez á algunos de esos jóvenes que llaman gentes de mundo, hechos para frecuentar la sociedad, y para agradar á las mujeres; os confesaré, tío, que cuanto mas me acuerdo de ellos, mas me parecen de otro género que yo, susceptibles de una perfeccion á que yo no puedo llegar.

Mi tío se echó á reír. — Ves tú, Williams, me dijo, así que se le hubo pasado el acceso de la risa. Toda la diferencia que hay entre ellos y tú consiste en que ellos tienen la cabeza llena de términos de caza, de corridas de caballos y de apuestas, y tú de términos latinos, griegos y hebreos. Cuando hayas olvidado lo que sabes para saber lo que saben ellos, tú harás un caballero tan inútil, tan impertinente, y por consiguiente tan *presentable* como cualquiera de ellos. Tú déjame únicamente hacer, y yo me encargo de tu educacion.

Di las gracias á mi tío por sus bondades, y cuando dieron las ocho en el reloj le pedí licencia para subir á mi cuarto á dormir, pues no solía recogerme tarde. Mi tío me hizo con la mano una señal de que podía retirarme, volvió á encender la pipa que se había apagado en aquel acceso de alegría, y llamó al rajah para que fuese á buscar otro bol de ponche.

Adivinase fácilmente que si me retiré á mi cuarto no fué para dormir. Parte de la noche la pasé soñando con los ojos abiertos, cuando llegó el sueño continuaron los mismos que tenia despierto.

Al día siguiente á las nueve, me despertó un caballero muy elegante, que acompañado por el ayuda de cámara de mi tío, entró en mi alcoba seguido de un *groom* que llevaba un paquete.

— El sastre, dijo el ayuda de cámara.

Miré á la persona que me anunciaba con aquel título, y confieso que, si no me la hubieran presentado, nunca habría creído que un hombre de exterior tan distinguido tuviese un oficio tan humilde. Aun estaba yo en dudas sobre lo que el criado había dicho, cuando el sastre á quien yo

miraba sin decir una palabra, creyó que le tocaba á él dirigirme la suya.

— Espero vuestras órdenes.

— ¿Para qué?

— Para probaros algunos vestidos que traigo ya hechos, y para tomarle la medida de los que me haga el honor de encargarme.

— Y bien, le dije, tened la bondad de dejarlos ahí, yo me los probaré.

— Milord, perdonad, me dijo el sastre: necesito probárselos yo mismo, porque si el pantalon fuese ancho ó estrecho de una pulgada, si el chaleco no bajase justo hasta su punto y si el fraque hiciese una sola arruga, sería yo hombre deshonorado.

— Pero... continué yo vacilando, ¿entonces voy á tener precision de levantarme?...

— No teneis precision, milord, y mi deber es esperar á que os levanteis cuando querais.

En efecto se quedó de pié y aguardaba

Como ví que efectivamente estaba decidido á esperarme, y no me atrevia á decirle que pasase al cuarto del lado, decidime, aunque costándome mucho, á levantarme delante de él. Echó una rápida mirada sobre mí, y volviéndose á su groom, dijo:

— El número 1º, milord es de primera talla.

El groom sacó un vestido negro completo; el sastre me lo probó, y hubiera dicho que estaba hecho expresamente para mí, por lo milagrosamente que venia á mi larga persona.

Despues, habiéndome tomado inmediatamente las medidas necesarias para surtirme el guardarropa, se retiró. Yo le acompañé hasta la puerta, dándole gracias por el trabajo que se habia tomado.

Volví á entrar en el cuarto para ver el cambio

que hacia en mí el nuevo traje. Estaba desconocido, y comencé á creer que mi tío tenia razon, y que si alguna vez conseguia vencer mi desgraciada timidez, único origen de todos mis males, llegaria á ser un hombre como los demás.

Estaba, debo contesarlo, bastante contento de mi exámen, cuando entró un criado seguido de un *gentleman* en traje completo de baile: como yo no estaba preparado para esta visita ceremoniosa, me turbé prodigiosamente, y no sabia si debía adelantarme hácia el forastero, cuando el ayuda de cámara anunció á

— ¡El maestro de baile del señor!

El recién llegado se dirigió á mí con la mayor gracia, echó una benévola mirada al discípulo que é iba á formar, y deteniendo su ojeada en la parte superior de mi persona, me dijo:

— Milord, estoy encantado por haber sido elegido para enseñar un par de piernas tan hermosas.

Yo no estaba acostumbrado á oír alabanzas sobre mi físico, así que me desconcertó completamente. Quise responder, empecé á tarlamudear, traté de dar un paso, y enredé tanto las piernas que causaban la admiracion de mi maestro, que á poco mas caigo cuan largo era: él me detuvo.

— ¡Bien! ¡bien! dijo. Veo que no habeis recibido ningun principio, vale mas así, porque no habrá que quitar vicio alguno.

— El caso es que tengo las rodillas y las puntas de los piés algo vueltas hácia dentro: en cuanto á lo restante del cuerpo... creo que poseo... que... que...

— ¡Bueno, bueno! exclamó mi optimista, veo que milord no tiene la palabra expedita; ¡tanto me-

jor! eso me prueba que la inteligencia ha pasado á las extremidades. Estad tranquilo, milord, que si la hay la desarrollaremos, si no la hay, haremos que baje. Vamos, milord, empecemos.

Mucho me costaria decir lo que pasó en aquella primera leccion; todo lo que recuerdo es, que me sirvió de mucho mi profunda ciencia de las matemáticas para conservar mi equilibrio y guardar el centro de gravedad en las cinco posturas.

Cuando mis piés salieron del instrumento de tortura en que hicieron su aprendizaje, se negaban literalmente á sostener mi cuerpo, por delgado que fuese, y cojeaba de ambas piernas cuando fui al comedor donde me esperaba mi tio para almorzar.

— ¡Hola, hola! me dijo mirándome de piés á cabeza. Williams, por mi nombre que pareces un verdadero *dandy*. Tus piés dicen que ya has tomado una leccion de baile, pero tus brazos se mantienen tontos aun; pero con algunas lecciones de esgrima se corregirán.

— ¡Cómo! ¿tambien quereis, tio, que aprenda á manejar la espada? ¿y eso, para qué?

— Para batirte, si se burlan de tí, ¡pardiez!

Al decirme esto sentí un estremecimiento por todo el cuerpo.

— ¿Por ventura no eres valiente?

— No sé, tio, porque nunca lo he pensado.

— Pero si insultasen á una mujer á quien tú amases, ¿qué harías?

— Si insultasen á... Jenny, iba á decir, pero me contuve. Sí, sí, tio, me batiria, estad tranquilo, respondí con viveza.

— ¡En hora buena! Pero hoy has hecho ya ejercicio por la mañana, debes tener gana, almorcemos.

Sentámonos á la mesa, almorzamos, al acabar de tomar el té, llegó el maestro de armas. Era uno de los mas acreditados de Londres. Desde luego no estubo tan satisfecho de mis brazos como el maestro de baile lo habia estado de mis piernas.: pero yo hice tantos esfuerzos con el solo pensamiento de que acaso un dia podian insultar á Jenny en mi presencia y que yo tendria la dicha de defenderla, que cuando se fué quedó mas contento de lo que yo podia esperar.

Como vais viendo, estaba yo en buen camino de mejorar, cuando una mañana notando que mi tio tardaba en levantarse mas de lo regular, subí á su cuarto y lo encontré muerto.

Por la noche habia muerto de una apoplejia fulminante.

Sir Williams se detuvo al decir esto, y esta vez no le llené el vaso de ponche, y solo le alargué la mano.

Esta muerte fué para mí un golpe terrible, prosiguió Williams, y no pensé ni un instante en la inmensa fortuna de que me dejaba heredero, no viendo mas que el aislamiento á que me condenaba. Mi tio, sin hacerme olvidar á mi padre, era quizás el único hombre que por su originalidad hubiera podido curarme la enfermedad moral que padecia; pero su muerte la hizo incurable, y para entregarme enteramente á mi dolor despedí al maestro de esgrima y al de baile.

Seria preciso tener mi fatal organizacion para comprender cuán aislado y solo me hallé desde entonces en adelante. En mi vida habia sabido mandar nada á nadie, y los que continuaron cuidando la casa fueron el general y rajah, que así les

llamaba mi tío desde el día de mi eugañó. Ambos eran fieles criados, me servían escrupulosamente, y no tuve que hacer mas que vivir, de manera que pasados dos ó tres meses, yo era ya otra vez el mismo hombre que antes, á excepcion de mi manera de vestir.

El castillo que mi tío habia comprado estaba adornado con ricos muebles, y sobre todo con una biblioteca bastante buena en la cual pasaba yo la mitad del día. Otras veces tomaba las obras de Xenofonte ó de Homero y me iba á reclinar sobre el césped de un bosquecillo que formaba los lindes de mi propiedad, absorbiéndome á veces tanto en el sitio de Troya, ó con la retirada de los diez mil, que el rajah ó el general tenian que irme á buscar para comer.

Un día que, como de costumbre, me estaba recostado en un árbol leyendo uno de mis autores favoritos, sacóme de mi preocupacion el sonido de una trompa de caza que resonó no lejos de allí: levanté la cabeza, y al mismo instante pasó por delante de mí una zorra, deslizándose entre las yerbas. Oí en seguida el ladrido de los perros que acababan de encontrar la pista, luego salieron todos corriendo y pasaron por el mismo lugar que la zorra. Como yo pensé que los perros estarian seguidos de los cazadores, me retiraba para no ser visto, cuando resonó la trompa á ciento cincuenta pasos, y salieron de un bosque contiguo todos los cazadores llevados á galope por sus caballos.

Habia entre ellos una mujer que iba delante de todos guiando su corcel con la destreza de una amazona; llevaba largo el vestido, un sombrerito de hombre en la cabeza, y en su rededor un velo

verde. Yo miraba atónito la valentía de aquella señora, de que yo aunque hombre me creia incapaz, cuando acercándose hácia mí, se le enganchó el velo á una rama, cayéndosele el sombrero, apareciéndoseme la hermosa cabeza y la rubia cabellera, cabellos que tenia tan conocidos. Sentí que las piernas me faltaban, y me apoyé contra un árbol... Era Jenny que pasó como una vision sin detenerse, dejando á un picador el cuidado de recoger el sombrero, tan arrebatada iba en su carrera. Un minuto despues todo habia desaparecido, y á no ser por los ladridos de los perros, y el ruido de los cazadores, hubiera creído que soñaba; pero volviendo de repente la vista desde el punto en donde habia pasado, ví en la punta de una rama un pedazo de velo verde. Corrí hácia ól en seguida, y gracias á mi estatura pude cogerlo; lo besé, le puse sobre mi corazón, volví á besarlo, estaba loco de contento y era feliz como nunca lo habia sido.

En esto llegó á avisarme el rajah, pues tambien me habia distraido: aquella vez lo mismo le hubiera sucedido á cualquiera. Volvíamos juntos á casa, cuando al pasar por cerca de un soto, vimos a la otra parte á un hombre tendido en el suelo y junto á él un caballo que arrastraba la silla; por el traje del caido conocí que era uno de los cazadores, el cual, habiéndose separado del camino, no vió en el que seguia á galope tendido un salto de lobo que habia al otro lado del seto, y al quererlo salvar se le espantó el caballo y quedó tendido en el suelo. Le levantamos al momento, y como estábamos á cuatro pasos del parque, lo llevamos al castillo; mientras el *general* iba en busca de un médico, el rajah fué á buscar el caballo.

Afortunadamente los cuidados del médico eran poco necesarios, pues á las primeras gotas de agua que le eché en la cara, y á poco de hacerle aspirar sales, volvió en sí el jóven cazador; cuando llegó el médico ya estaba en pié el enfermo. Fuese que el doctor creyese necesaria una precaucion, fuese que no quisiese perder el viaje, mandó una sangria, encargando que el enfermo guardase dos ó tres horas de reposo. Yo ofreci á mi huésped mandar un criado para que fuese á calmar la inquietud de su familia. Como esta vivia á dos horas de distancia no mas, aceptó, y escribió á su hermana, que habiéndose perdido en el camino, se habia quedado á comer en una quinta vecina, y que por lo mismo tranquilizase á su padre, si acaso hubiese concebido algun temor por su tardanza. Acabada la carta, la cerró, puso el sobre y me la dió. Al darla al criado que debía llevarla, lei maquinalmente el sobre y ví el nombre de miss Jenny Burdett: aquel jóven era su hermano!... La carta se me cayó de las manos... tartamudeé una exensa... y me saí del cuarto con pretexto de órdenes que tenia que dar.

Cuando volví á entrar, sir Enrique se hallaba ya del todo bueno, pero en compensacion, yo era el que me hallaba malo. El modo de encontrarle, el miedo que experimenté de que el accidente fuese de consideracion, el placer que sentí al ver que me habia equivocado, todo me habia hecho olvidar un momento mi timidez, pero ya la habia vuelto á recobrar, mayor que nunca, al saber el estrecho vínculo de parentesco de sir Enrique con la que tanto tiempo hacia absorbía todos mis pensamientos. No obstante, por urbanidad ó por precaucion, me pareció que sir Enrique no se habia apercebido de

nada, y todo el tiempo de la comida, hizo el gasto de la conversacion con una facilidad elegante, que yo hubiera dado la mitad de mis riquezas y de mi vida por poseer. Despues se despidió de mi á las nueve, disculpándose y rogándome le perdonase la molestia que decia me habia ocasionado, y solicitando licencia para volver á darme las gracias por mi hospitalidad.

Cuando se marchó, respiré; toda nuestra conversacion de dos horas, confusa en mi cabeza, comenzaba á ordenarse. Segun lo que sir Enrique me habia dicho de su familia, ví que su padre sir Tomás Burdett poseia doscientas mil libras de renta, y suponiendo, con toda probabilidad, que quisiese guardar la mitad para sí, podria dar treinta y cinco mil francos á cada uno de sus tres hijos. Por la fortuna podia yo aspirar á la mano de Jenny, es decir, á ser el hombre mas venturoso del mundo, segun mi parecer. Por otra parte el hermano de Jenny me habia dejado columbrar que su padre, forzado por la gota á permanecer tres meses del año sentado en su poltrona, y acostumbrado á la distraccion de sus hijos durante sus dolencias, trataba de casarlos lo mas cerca de su vecindad. Como se ha visto, pues, tras dos quintas no distaban entre sí mas que cinco ó seis millas, y tambien por aquel lado podia concebir esperanzas. Desgraciadamente, como yo me hallaba solo, debia dar todos los pasos por mi mismo, y me sentí á punto de desmayarme á la sola idea de hallarme cara á cara con Jenny, de hablarla, de darla el brazo para acompañarla á la mesa ó en el paseo: por otra parte, si no me presentaba, Jenny era la mayor de las dos hijas de sir Tomás, podia llegar antes que yo otro pretendiente mas

osado y robarme mi felicidad haciendo á Jenny esposa suya. ¡ Jenny esposa de otro ! ¡ Oh ! esta idea era capaz de hacerme volver loco.

Pasé toda la noche entre veleidades de valor y timidez, y por último logré dormirme á las dos de la madrugada, agobiado con mas fatiga que si hubiese luchado con un ángel como Jacob.

Fui despertado por el rajah, que entró en mi alcoba á darme una carta ; la abrí con un temblor de presentimiento. Me la escribía sir Tomás ; habia sabido el accidente de su hijo y los cuidados que yo le habia prodigado, y me decia que á no hallarse malo todavía de su último ataque de gota, habria venido en persona á darme las gracias, pero que deseando cumplir cuanto antes, lo que él miraba como un deber de toda su familia, me convidaba á comer al día siguiente.

Si hubiese leído mi sentencia de muerte no me hubiese puesto mas pálido. La carta se escapó de mis manos y me dejé caer sobre la almohada con tanto abatimiento, que el rajah creyó que me ponía malo. Le pregunté con voz apagada si esperaban respuesta, y me respondió que ya se habia marchado el que habia traído la carta, lo cual me animó un poco : no tenia necesidad de tomar una resolución instantánea.

Aquel día se pasó en alternativas de ánimo y temor ; yo me decia á mí mismo que aquella invitacion abria la puerta á mis deseos, lo que habria llenado de contento á cualquiera otro hombre en mi lugar y con mis sentimientos, y que por ella entraba en la casa bajo un excelente pretexto, el de un servicio hecho á un individuo de la familia ; temblaba porque sabia que las mujeres se forman la

idea de un hombre por el modo de presentarse la primera vez que lo ven. No se me ocultaba de que si alguna buena cualidad tenia no era de aquellas que resaltan á la vista ; muy al contrario, para hallar en mí algun mérito se necesitaba conocerme y tratarme con mucha intimidad. Recordaba tambien lo poco favorable que me habia sido la mirada de Jenny en nuestro encuentro de Londres seis años antes, pues aunque no debia temer que me reconociera por haber olvidado aquella circunstancia, la tenia yo muy presente, y este recuerdo era peor que un remordimiento.

Llegó la hora de comer. Me puse maquinalmente á la mesa, pero no pude comer. Pensaba que al día siguiente á la misma hora me hallaria en casa de Jenny, delante de ella, y que mi suerte se decidiria por una desgracia ó una felicidad eterna, y esto por una torpeza ó tontería que yo fuese á cometer, y no podria evitar. Semejante estado era inaguantable. Pedí papel y lintero, y contesté á sir Tomás, que una indisposicion repentina me privaba del honor de aceptar su convite. Llamé al general y le mandé llevar la carta ; pero apenas habia marchado, sentí oprimírseme el pecho. Subí á mi cuarto, me eché sobre la cama y me puse á llorar.

Sí, á llorar, á verter lágrimas amargas, lágrimas de despedida á la felicidad de que no era digno, pues no me sentía con fuerza para cogerla del árbol de la vida ; lágrimas de dolor, porque perdida aquella ocasion de ver á Jenny, tal vez ya no la volveria á encontrar mas ; lágrimas de vergüenza en fin, porque conocia que era vergonzoso para un hombre ser así el esclavo de una necia timidez y de su debilidad miserable.

Pasé una noche horrorosa, y formé veinte proyectos á cual mas ridiculos. Quería escribir á Jenny directamente y confesarle mi amor, contarla mi debilidad, decirle que no habia mas que dos probabilidades para mí en el mundo, vivir á su lado, vivir eternamente feliz, ó vivir lejos de ella, y morir en la desesperacion. ¡Oh! conocía que una carta así la escribiría yo dolorosa, elocuente y apasionada, conocía que la escribiría con mis lágrimas. ¿Pero, cómo hacerle entregar esta carta? y aun entregada, si Jenny la tomaba por el lado ridiculo, ¿no era un hombre perdido? ¿no me condenaba á no presentarme jamás ante su familia, y mucho menos ante ella? ¿No valia mas dar tiempo al tiempo y arrojarse en brazos de la suerte que parecía favorecerme? La casualidad es con frecuencia nuestro mejor amigo, y resolví confiarme á ella.

Así se pasó aquel día y recobré algun valor, y cuanto mas se aproximaba la hora de ir á casa de sir Tomás, mas ridículo y exagerado hallaba el miedo del día anterior. Creía que si no hubiese rehusado su invitacion, hubiera tenido valor para ir á ella.

Despues, cuando dieron las diez de la noche, pensé que el día siguiente á la hora aquella, ya estaria concluido todo, que ya habria visto á Jenny, que sería amigo de su familia, podria visitarla cuando se me antojase, y sin duda *ella* me habria animado con alguna palabra, y en fin, que quizás á aquella hora sería un hombre en el colmo de la alegría, en lugar de ser el hombre mas desgraciado de la tierra.

El resultado de este raciocinio fué la formal resolucion de admitir el primer convite que se me hi-

ciese. Besé el pedacito de velo, me acosté. Esta victoria sobre mí mismo, me produjo una noche tranquila, y me desperté alegre y casi dichoso. El día estaba magnifico, y apenas hube almorzado tomé mi Xenofonte, y por el camino acostumbrado me dirigí á mi árbol. A su sombra me hallaba, y abismado en lo mas profundo de mi lectura, cuando sentí que me tocaban en la espalda. Era sir Enrique.

— Y Bien, mi querido filósofo, me dijo, siempre salvaje y retirado; os prevengo que hay conspiracion contra vuestra misantropía, porque ninguno de nosotros ha creído en vuestra enfermedad.

Yo quise tartamudear algunas disculpas.

— No, continuó sir Enrique, nos habeis tomado por gente de gran ceremonia. Os habeis engañado, y la prueba es, de que en persona vengo á deciros expresamente que en casa se os espera sin etiqueta á comer.

— ¡Cómo! exclamé yo: ¡hoy!

— Hoy, y os prevengo que no se os admite excusa alguna, y que se os esperará sin comer hasta que vengais, y que si no venis no se comerá. Ahora ved, si quereis cargar con la responsabilidad de que ayune una familia entera.

— No, de ningun modo... ya iré, respondí haciendo un esfuerzo y suspirando.

— En hora buena, dijo sir Enrique. Eso es hablar en razon. ¿Qué leiais? ¿una novela de Walter Scott, poesías de Tomás Moore, ó un poema de Byron?

— No, respondí, no, leia... Yo no sé qué maldita vergüenza me deluvo en el momento en que iba á pronunciar el nombre del gran capitán, á quien sin embargo profesaba yo una veneracion casi divina. De modo que le alargué el libro.

Sir Enrique dejó caer una mirada en él.

— ¡Griego! exclamó : querido vecino, ¿cómo queréis que yo lo lea? Desde que salí del colegio no he vuelto á ver ni una vez siquiera á esos autores cuya coleccion tan malos ratos me tiene dados, empezando por el divino Homero, y concluyendo por el sublime Platon. Sin jactancia puedo decir que soy incapaz de distinguir el alpha de omega.

Quise levantarme.

— No, no os incomodeis, continuó sir Enrique, yo no hago mas que pasar.

— ¡Cómo! exclamé, ¿no me aguardais? ¿qué, no vamos juntos? ¿no me presentais á vuestra familia?

— No me habéis de eso, me respondió sir Enrique : estoy desesperado de que no hayais venido ayer, pero hoy tengo una apuesta considerable en una riña de gallos. No puedo faltar porque me esperan, pero estad tranquilo, que yo me daré prisa, y llegaré á los postres.

Si no hubiese estado sentado me habria caído. Todo mi valor me habia venido con la idea de que sir Enrique me presentaria en el salon de aquellas señoras, de las que no conocia mas que a Jenny.... Dejé caer mi Xenofonte con un sentimiento profundo de desaliento. Sir Enrique no se apercibió de ello, se despidió con la misma soltura con que se habia llegado á mí, dejándome consternado con la promesa que yo habia hecho, y que ya no tenia medio de retractar.

Permanecí así una hora agobiado y anonadado, y no salí del abatimiento sino para pensar que no me quedaba mas que el tiempo preciso para vestirme si queria llegar á casa de sir Tomás á hora de comer. Me levanté vivamente, y volví corriendo á

la quinta. Encontré en la escalinata el *general* y el *rajah*, que viéndome correr desde lejos, acudian á ver qué me sucedía. Habíanme creído perseguido por algun perro rabioso.

Subí á mi cuarto, revolví todo el guardarropa, y por último, hice eleccion de un pantalon de color de tierra, claro, un chaleco de seda abrochado, y un fraque de verde-botella. Era la eleccion de colores que me pareció mas armoniosa. Mandé al *rajah* que me hiciese ensillar el caballo, descoso de eslarne solo un rato para ensayar ante el espejo el saludo de entrada que me habia enseñado el maestro de baile : y ví con satisfaccion que aun me acordaba de él bastante para hacerlo bien, si no se me iba la cabeza al tiempo de saludar. No obstante, no me tranquilizó del todo este ensayo, porque sabia la distancia infinita que hay de la teoría á la práctica. Hallábame en mi séptimo ú octavo ensayo, cuando volvió el *rajah*, y me dijo que el caballo estaba ensillado. Miré el reloj, y ya no podia esperarme mas, porque eran las cuatro; tenia que andar cinco millas, y no siendo muy fuerte en equitacion, no podia caminar mas que al trote. En consecuencia apelé á todo mi valor y bajé con paso bastante resuelto, tratando de silbar una cancion, y dándome con el látigo en las pantorrillas.

— Preveo, dije yo, interrumpiendo al narrador, que van á suceder cosas tales, que no estará de mas un vaso de ponche, para daros ánimo para contarlas.

— ¡Ay! contestó sir Williams, presentando el vaso, por mucho que preveais, jamás os aproximareis á la realidad.

Monté, pues, mi caballo, continuó sir Williams, y empecé mi camino; durante una hora la preo-

cupacion que me causaba la necesidad de conservar mi equilibrio, no me dejó ocuparme en otra cosa, pero á medida que iba tomando mi aplomo se hacia mas cruel que nunca mi inquietud. Sin embargo, de vez en cuando algun respingo de mi caballo me recordaba el cuidado de mi seguridad. Tales movimientos provenian de que como mi maestro de baile me habia quitado radicalmente la costumbre de llevar los piés hácia dentro y enseñádome lo contrario, formaba con mis talones y el vientre del caballo un ángulo agudo, cuyo punto extremo eran mis espuelas, resultando que por poco escarceador que fuese el caballo, debia por último cansarse del continuo cosquilleo, y tomar un trote que no me dejaba pensar mas que en la crítica posicion en que me colocaba. Pero apenas volvia á ponerse al paso se verificaba una reaccion mucho mas terrible que el peligro pasado, la cual subia de punto á medida que me aproximaba á la quinta de sir Tomás, que ya comenzaba á divisar á un cuarto de legua de distancia medio-oculta entre una arboleda. Al mismo tiempo oí el sonido de una campana, y creí que era la de la comida. La idea de tener que disculpar mi tardanza me llenó de tal ansiedad, que olvidándome de que no me tenia firme en mi caballo sino por una especie de transaccion, y que no debia hacerle correr, le metí las espuelas en los ijares y le sacudí con el látigo en el cuello. El resultado de este rigor fué rápido como un relámpago, pues el caballo que hacia algun tiempo estaba contenido, tomó inmediatamente el galope; á los cien pasos perdí un estribo; á los doscientos otro: solté las riendas y me aferré al arzon delantero, pudiendo de esta suerte conservar el equilibrio. Los árbo-

les corrían veloces y las casas daban vueltas como locas. Sin embargo, en medio de todo esto veia la quinta de sir Tomás que parecia salir á mi encuentro con una rapidéz increíble. Al fin pasó de repente el torbellino que me arrastraba, pero continuando el impulso que me daba el galope, vine á apearme de un salto por las orejas. Creíame perdido, pero sintiéndome caer poco á poco, sobre un plano inclinado, me hallé en pié entre las aclamaciones de lady Burdett y de su hija, que habiéndome visto desde lejos, y contentas del deseo que de llegar pronto manifestaba el andar de mi caballo, se habian asomado á la ventana, para verme ejecutar mi último juego de equitacion gimnástica.

Al verme en terreno firme vi que mis piernas estaban mas dispuestas á servirme que las de mi cuadrúpedo. Tranquilicéme, pues, un poco y volví en mí; alcé los ojos, y me hallé delante de sir Tomás Burdett: su vista me dió aquella fuerza febril que debe dar á un reo la vista del verdugo. Adelantéme bastante animosamente hácia él, y cambiados los primeros saludos, me hizo pasar adelante, y entramos en su casa. Ya no habia nada que decir; era preciso tener osadia. Pasé con firme paso por una serie de habitaciones cuyas puertas estaban abiertas, para llegar al salon de la biblioteca en donde me esperaban: lady Burdett fué la primera que vi, á su lado estaba Jenny. Entré, y á una distancia regular coloqué mis piernas en tercera, y al llevar hácia atrás el pié derecho, lo puse con todo el peso de mi cuerpo y con toda la fuerza de mi aplomo geométrico, sobre el pulgar del pié izquierdo del baron, que lanzó un grito, porque justamente tenia la gota en él: me volví rápidamente

para darle mis excusas, pero sir Tomás me tranquilizó inmediatamente con su calma digna que me hizo admirar la fuerza estóica que le dió su buena educacion para sufrir aquel penoso accidente. Nos sentamos.

El aire gracioso de lady Burdett, el angelical rostro de Jenny, y la conversacion florida y amena de sir Tomás me animaron un poco, y pronuncié algunas palabras. La biblioteca era rica, y los libros estaban primorosamente encuadernados, comprendí que el baron era un hombre instruido y acorde conmigo en literatura en cuanto á las opiniones que yo habia emitido. Luego hablé de la magnífica coleccion de clásicos griegos que publicaba á la sazón el librero Longmann. En medio de los elogios que yo hacia, ví en un estante una edicion de Xenofonte en diez y seis tomos: como la mas completa que yo conocia no formaba mas que dos, excitó tan vivamente mi curiosidad aquella novedad bibliográfica, que olvidando mi cortedad habitual me levanté para examinar las materias desconocidas que podian llenar aquellos catorce tomos de suplemento.

Sir Burdett, comprendiendo mi intencion, se levantó para prevenirme que lo que yo veia no era mas que una tabla, sobre la cual habian clavado tomos figurados para continuar la simetria de la biblioteca. Yo por el contrario creí que me queria ofrecer uno de aquellos tomos, y deseando evitarle toda molestia me precipité sobre el tomo octavo, y por mas que me dijo el baron, di un tiron tan fuerte que arranqué la tabla dejándola caer sobre una mesa y derribó un tintero de porcelana cuyo contenido se vertió sobre una magnífica alfombra turca. Al ver aquello lancé un grito desesperado.

En vano sir Tomás Burdett y las señoras me decian que no habia mal ninguno y que no era cosa de cuidado, no quise oír nada, y echándome en el suelo, saqué el pañuelo y me obstiné en limpiar la tinta con él. Terminada esta operacion me melé el pañuelo en el bolsillo, y no sintiéndome con fuerzas para volverme á mi sillón, me dejé caer sobre el inmediato.

Un quejido sofocado que salió de debajo del almohadon me causó nueva alarma: sin duda acababa de sentarme sobre un ser animado, y era seguro que por débil que fuera deberia cuidar de su conservacion, y no dejaria que yo añadiese impunemente el peso de mi humanidad al almohadon. En efecto, empezó á agitarse mi sillón con movimientos convulsivos semejantes á los que sacuden el monte Etna, cuando se remueve Encelado. Lo mejor hubiese sido levantarme inmediatamente y dejar libre al animal que tan injustamente oprimia. Entró entonces la hija menor de sir Tomás en busca de su *Mizifuf*. Comprendí yo que estaba sentado sobre el extraviado animal, de quien solo podia dar razon y de su paradero, pero era ya demasiado tarde para levantarme.

Eran demasiados estragos en diez minutos para un hombre solo, un baron cojo, una alfombra manchada, un gato, digo un perro estropeado por todos los dias de su vida. Me decidí al menos á ocultar á la vista de todos mi último crimen. Mi apurada posicion me hizo feroz; y sentemé de firme añadiendo á mi peso la fuerza que hacia con mis brazos sobre el sillón, pero tenia que habérmelas con un animal que queria disputar caramente su existencia, así su oposicion fué digna del ataque;

sentí al animal replegarse, doblarse, y retorcerse cual una serpiente. En el fondo de mi corazón no podía menos de hacer justicia á la bella defensa, pero si él combatía por su vida yo combatía por mi honor y á los ojos de Jenny. Sentía que las fuerzas comenzaban á faltar á mi adversario, y esto redoblaba las mías. Desgraciadamente la dignidad que debía conservar la parte superior de mi persona me quitaba una gran parte de mis ventajas: hice un falso movimiento. Mi enemigo logró sacar una pata y sentía que me entraban en la carne cuatro uñas, cuatro alfileres, cuatro agujones. Fijé entonces mi opinion, era un gato. Sea satisfaccion de saber con qué clase de enemigo tenia que habérmelas, ó sea poder sobre mi mismo, fué imposible á los circunstantes el conocer en mi rostro lo que pasaba hácia la parte posterior de mi persona, y el dolor del arañazo de Mizifuf había aliviado á mi corazón de un gran peso. Ya no era un ser débil y sin defensa el que yo injustamente aplastaba, era un enemigo que me había herido, y de quien me vengaba con toda justicia; no era un cobarde asesinato el que cometia, sino un duelo franco y leal en que cada combatiente usaba las armas que había recibido de la naturaleza, y en que el vencido no tenia que culparse sino á sí propio de su derrota. Experimenté entonces toda la fuerza que da una situación crítica, la conciencia de su derecho. Sentí cual Hércules el poder de ahogar al Leon de Nemea, hice otro esfuerzo, y ví que había logrado mi objeto. Avisaron para ir á comer: si hubiesen llegado cinco minutos antes, me perdía.

El sentimiento de mi victoria me dió una especie de exaltacion, gracias á la cual tuve valor de ofre-

cer el brazo á lady Burdett. Despues de haber vuelto á pasar por las habitaciones que antes he citado llegamos al comedor. Lady Burdett me hizo colocarme entre ella y Jenny, á quien aun no había dirigido la palabra de cortedad, y sir Tomás y miss Dinah, su hija pequeña, se sentaron enfrente de nosotros.

Despues del percance del Xenofonte, mi rostro estaba hecho una asena, y ya comenzaba á serenarme y tranquilizarme cuando otro accidente nuevo vino á sacarme los colores. Había acercado lo mas que pude á la punta de la mesa el plato de sopa que lady Burdett me acababa de dar, cuando al inclinarme para responder al cumplido que miss Dinah me hacia por el buen gusto de mi chaleco, me apoyé en el plato, y vertí sobre mis pantalones la sopa tan caliente aun, que nadie había comido una cucharada porque estaba hirviendo.

El dolor me arrancó un grito, y la sopa inundó mis pantalones chorreando hasta las botas. A pesar de mi servilleta, y de haber acudido en mi auxilio con las suyas lady Burdett y miss Jenny, el efecto del liquido abrasador fué prodigioso; tenia yo la parte inferior de mi cuerpo como en un horno, pero recordando el dominio que sir Tomás había tenido sobre sí cuando le dí un pisoton en su pié gotoso, contuve mis quejas y sufrí mi tormento en silencio, en medio de las reprimidas careajadas de las señoras y de los criados.

No os hablaré de mis torpezas en el primer servicio: la salsera boca abajo, la sal vertida sobre la mesa, y un pollo que me dieron á trinchar por deferencia ó traicion, y cuyas coyunturas no pude encontrar por mas que hice, vinieron á dar á sir

Burdett y á su familia una idea poco ventajosa del convidado que habian admitido á su mesa. Por fin, llegó el segundo servicio, y allí era donde me esperaba la tercera serie de mis desgracias, á las que definitivamente debia sucumbir.

Trajeron entre otros platos un *pudding* con ron encendido; lady Burdett habia tenido la habilidad de servirme un pedazo sin que se apagase, y yo tenia ganas de alimentar, por medio de un pedazo clavado en la punta del tenedor y bien embebido con el alcohol, la llama que ardia en el altar que delante tenia: en aquel momento miss Dinah, que parecia haber jurado mi perdicion, me pidió le alargase un plato de pichones que habia junto á mí. Presuroso en obedecerla al punto, me metí el pedazo de *pudding* encendido en la boca, y tanto hubiera valido tragar las ascuas de Porcia. No hay palabras con que hacerlos comprender semejante agonía: los ojos se saltaban de sus órbitas, y daba una especie de rugido nasal, que por fuerza debia ser desgarrador al oido. Por fin, á despecho de mi resolucion, de mi valor y de mi vergüenza, me ví obligado á arrojar en el plato la causa primera de mi tormento. Sir Tomás, su mujer y sus hijas experimentaban, lo veia bien, una compasion real por mi infortunio, y buscaban algun remedio, porque tenia el interior de la boca completamente quemado: el amo proponia el aceite comun, otro agua, y un tercero, que era todavia miss Dinah, afirmó que lo mejor era el vino blanco en tales circunstancias. Adoptó la mayoría esta opinion, y al momento me trajo su criado un vaso lleno del licor pedido. Por obediencia, mas bien que por conviccion, me lo llevé á la boca, y lo llevé maquinalmente, pareciéndome

me que habia puesto vitriolo en mis quemaduras; pues, fuera por chanza ó por equivocacion, el despensero me habia enviado un vaso de aguardiente el mas fuerte. Como no estaba acostumbrado á licores fuertes, no podia tragar aquel gargarismo infernal, que me abrasaba la lengua y el paladar, y conocí, que á pesar mio, iba á arrojar el aguardiente, lo mismo que lo habia hecho con el *pudding*. Llevé ambas manos á la boca y las crucé convulsivamente sobre mis labios, pero el líquido impelido por las convulsiones de la naturaleza, se lanzó violentamente á través de mis dedos como al través de los agujeros de una regadera, y roció á las señoras y todos los platos de la mesa. Resonaron al punto por todas partes grandes carcajadas, y en vano sir Tomás comprendió á sus criados y lady Burdett á sus hijas. Yo mismo conocia que era imposible no reirse, y esta conviccion aumentaba todavia mi martirio: subióseme á la cabeza el sudor de la vergüenza, sentia destilar una gota de agua de cada uno de mis cabellos, y entonces perdí completamente el espíritu. Para poner fin á aquella intolerable transpiracion, saqué mi pañuelo del bolsillo, y sin acordarme ni ver que aun estaba todo empapado de la tinta del Xenofonte, me enjugué con él la cara, que al punto se halló embadurnada de negro en todas direcciones. Entonces ya nadie pudo contenerse: lady Burdett se dejó caer casi desmayada de risa sobre su silla: sir Tomás cayó en convulsion sobre la mesa, y las hijas casi se ahogaban. En aquel momento dirigí mis ojos á un espejo que tenia delante, me vi... Conocí que todo estaba perdido, me lancé desesperado fuera del comedor, me precipité en el jardin: en aquel momento volvia sir Enri-